

Relatos de otoño

María Andrea Esparza Navarro

I

El día tiembla lleno de pájaros amarillos
Quiero volver al color de la noche
a la sombra que oscurece la tierra
Quiero hablar del color sobre la noche
pero el día tiembla de viento estancado
Arriba el sol
Abajo mi corazón
 zona de plagas
flores que se desangran de amarillo
de rayo abrasador de oro vivo

Sonrío bondadosa imposiblemente maternal
Siempre estoy rezando
Por la flor abierta en el rosal
Por lo negro que declina en el jardín
Siempre estoy rezando
 y mi corazón temblando
por la ilusión de ser grande en el amor
como el sonido fatuo del grillo
como esa casa muy alta que hay al lado
Sobre las sienes soporto sus inmensos perfiles
Y sonrío comprensiva absurdamente maternal

Yo me iré lejos de esta luz musical
de este amarillo claro que cristaliza
 en un candil apagado
de esta mañana que duda de la muerte
que duda de lo infinito de lo desconocido
para seguir rezando corazón tenue
por una vieja muy pobre que se me aparece
cuando cae lo oscuro sobre el lejano monte
en el espejo que tiembla solitario y arisco
entre lo que pienso y quien me creo

II

Dejé atrás lo mío propio salvo el nombre
Un racimo de horas luminosas talla el vértigo
Festín de las horas un cuerpo solitaria
y con los ojos cerrados la noche que me vio
sollozando se va a su confín
Me desperté con el albor sobre las flores de lo simple
Amarillas y blancas se esforzaban en lo finito
Llegó el rocío sobre el lomo de los bueyes
Sobre el corazón diminuto de las margaritas
todo un Dios se soñaba dentro del tiempo
con los pómulos salientes caminando
las campanadas lo despertaron
Dibujan el límite los relojes
Los pájaros se llevan los sueños
Voy caminando con los pómulos hundidos por el sol
Atrás se quedó mi casa mi abuela que muriendo
 me decía ¡vente conmigo!
El pecho se me quemó en el remanso en donde la abandoné
Y seguí caminando porque ya era de día
Mi corazón marchito borracho de llamas
Donde nacen mis raíces sigo el camino de día
De noche no temo porque imagino sus arrugas
manos adormecidas en un rosario
Con el canto del gallo se diluye lo que puedo llamar mío
Los celos de lo que es propio
El hogar encendido en el recuerdo
y mi camino para llegar a tiempo
De noche sueño con una dulce voz
 ya sin miedo ya sin rabia
La dulce voz de un fantasma
 que repitiendo mi nombre dice ¡vente conmigo!

III

No vi nunca correr el río
Me lavaba los pies en el flujo de las palabras
que entre las piedras se dispersaba
Miedo de niña que canta y canta
Ondulaciones de la voz en un día amarillo
Mariposas enormes afilaban el viento
Me lavaba la cara como si tuviera un espejo
en donde el cielo todo se reflejaba cegándome
Sobre la tierra mi vestido
 Y la fragancia que robé de la hierba
Cuerpo horadado por agua imaginada
Pero el canto no resiste al vendaval
Terror de niña que ahora grita y grita
Palabras entrecortadas bajo los chopos
Hojas muertas ramas quebradas
Aprendí a amar a no ser nada
pero ¿aprendí?
Sentía el lodo en mis pies desnudos
Sobre el sendero se cerraron los nubarrones
Rugía el viento y mi asombro
La tormenta se avecinaba
 Pero el amarillo resistía en el cielo
No pude decir el silencio frontera intraspasable
 ni lo muerto
Tomé la senda de regreso sin haber visto correr el río